

Viajes, Estampas, Teorías

— POR ANDRES HENESTROSA —

EL día 10 de este mes de marzo, como a las ocho de la noche, murió repentinamente en esta ciudad, Daniel Cosío Villegas, a la edad de setenta y siete años. Era el antepenúltimo de la generación de los Siete Sabios, o del 15, o del Zozobra. Murió como vivió, trabajando; fiel a la vocación de su vida, que fue la de las letras, la cátedra, la indagación de México: en la brega por realizar un sueño que desde muy joven lo iluminaba y ensombrecía, a ratos: encontrar la moraleja de nuestra historia, que no ha de ser azarosa ni caprichosa. Contra un México heredado y en favor de otro que soñó; en el empeño de afirmar y prolongar el ideario de los que primero planearon nuestra vida independiente. En ese trance negó y afirmó alternativamente. Desde muy joven, desde sus primeras letras.

En su pequeño libro, de todos olvidado, pero más del propio Cosío Villegas, se lee en las primeras líneas. El autor reconoce que las cosas que forman este libro son pequeñas. Por eso las llama miniaturas. Reconoce igualmente que no tienen unidad. Por eso las apellida **mexicanas**. Era el año de 1922, pero "Miniaturas mexicanas" había sido escrito años antes cuando su autor no cumplía aún los veinte. Las líneas transcritas denuncian ya un vago escepticismo; una temprana deserción del modo y espíritu tradicionales de entender a la patria. Allí está en larva, en botón, toda la futura obra de Cosío Villegas historiador, sociólogo, periodista político, hombre de acción y profesor. Y, sin embargo, no es un hombre desesperanzado, ni desesperado. Trabajó siempre por mejorar las cosas, por ajustar las cosas a la imagen que de ellas tenía. Y esa su gloria, y ese su ejemplo.

Excelsior martes

16 - III - 1976

De su múltiple actividad y de las muchas facetas de su condición de intelectual se ha dicho mucho, y más se dirá, hasta que se encuentren justamente valoradas, siempre dentro de lo posible en hombres y escritores que inspiran afirmaciones y negaciones. Yo quisiera detenerme un momento en el literato, en el creador literario que Daniel Cosío Villegas soñó y quiso ser, en el autor de "Miniaturas mexicanas", "Nuestro pobre amigo" (novela mexicana) y "Santamocha", una novela, o historia novelada de un país que nunca llegó a publicarse, pero que yo tuve en las manos cuando Manuel Rodríguez Lozano preparaba las ilustraciones con las que iba a publicarse. Quiero detenerme sobre todo en la génesis del primero de los libros nombrados. Dos autores españoles lo engendran: Azorín y Juan Ramón Jiménez, el de "Platero y yo"; por cuanto a tema y oficio literario, aunque más el primero que el segundo. La otra influencia, pero ésta referida al pensamiento y a las ideas, y a su tratamiento, es la del dominicano Pedro Henríquez Ureña. Las tres secciones en que las "Miniaturas" se divide están dedicadas, justamente, a los autores señalados. "Viajes", a Azorín, el hombre de los viajes; "Estampas", a Juan Ramón Jiménez, el hombre de las estampas, y "Teorías", a Pedro Henríquez Ureña, el hombre de las teorías.

Viajes, estampas, teorías, reza el subtítulo de "Miniaturas mexicanas". El autor abandona la ciudad y viaja por la provincia; se asoma a los mercados, habla con las gentes, observa, busca y encuentra la entraña olvidada, si no es que pospuesta por otra de mero relumbrón, falsa, por tanto. En el viaje Azorín lo lleva de la mano, no sólo en la delectación de describir, y descubrir el paisaje, sino en el modo, manera, estilo de decirlo. Lo ha leído tanto, con tal amor y entrega que ha hecho suyo la palabra y el eco de la palabra de Azorín, sin que por eso le falte aquel latido y aquel color y sabor que da la tierra propia y que no hay manera de disimular y evitar: la tierra dice lo suyo, se manifiesta cuando menos se la espera.

Azorinesco el libro por el lenguaje preciso, a renglones cortos, reiterativo; pero propio: por los temas, por la linfa en que su autor moja la pluma. Buscándose a sí mismo Cosío Villegas se encuentra consigo mismo y con la patria. El escritor, el hombre, quedan hechos muy temprano. No volvió a las obras de creación, pero llevó la buena prosa, la expresión limpia eficaz, a ratos más hablada que escrita, a cuanto después salió de sus manos. Una doble lección de ética y estética. Nunca renunció a ser entendido por todos. La sencillez, la llaneza en la expresión, es la máxima galantería al lector, dijo quien pudo decirlo. Algo de todo esto pienso y recuerdo ahora que has muerto, maestro Cosío Villegas.